(6

ENTRE UN CABO Y UN SARGENTO.

APROPÓSITO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON JUAN CATALINA.

Representada por primera vez en el Teatro del Príncipe, en la noche del 27 de Mayo de 1863.



MADRID:
IMPRENTA DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE DON JOSÉ CUESTA,
calle del Factor, núm. 14.



PERSONAS. ACTORES.

PERSONAS.	ACTORES.
ELISA..........	DOÑA ADELAIDA ZAPATERO.
DOÑA EULALIA.	DOÑA EMILIA DANSSANT.
CRISTOGONO...	DON MARIANO FERNANDEZ.
JUANITO.......	DON JUAN GARCÍA.
ANICETO.......	DON AGUSTIN MÓSTOLES.

La escena es en Aranjuez.

ACTO UNICO.

Sala en casa de Cristógono, decentemente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

D. Cristógono y Aniceto.

Anic. Todo estará corriente, señor; pierda usted cuidado. Si tenemos tiempo de sobra! Aun faltan quince dias para la boda, y una arroba de yemas acarameladas no es cosa tan difícil.

Crist. Es que quiero que sean frescas.

Anic. Pues por eso mismo. Si las encargamos dos semanas antes...

Crist. Sí: quiero que nada se eche de menos. Dulces, sorbetes, marrasquino.—Oh! ese dia es el mas feliz de mi vida. Es el de mi libertad.

Anic. Su libertad. Y se casa usted, señor?

Crist. Sí, ese dia me emancipo del tiránico yugo que he soportado diez y siete años. Ah! Eulalia! Eulalia! rábia ahora cuanto quieras.

Anic. Ya! doña Eulalia; buenos ratos le hizo á usted pasar, señor. Pero ya hace años que se marchó para América.

CRIST. Once cumplió el dia de San Antonio. Y no se la tragaron las olas!

ANIC. Y en once años no ha podido usted sacudirse?...

CRIST. Y quien se quita esa mona de encima? Ya, ya! todos los meses recibo tres cartas suyas á la vez. En la una me amenaza con ponerse en camino para España. En la otra me anuncia que sale al dia siguiente, y en la tercera me avisa que lo deja para el otro mes, á fin de tener tiempo de que le crezcan las uñas con las que me ha de sacar los ojos.

ANIC. Canario!

CRIST. Afortunadamente ese mes no llega nunca. Y á fuerza de estar temiendo á cada instante verla aparecer me he acostumbrado á la idea, y hé ido perdiendo el miedo. Oh! juventud! Oh pasiones! Y al comparar ahora aquella furia con mi pupila tan tiernecita, tan linda, á quien no puedo mirar sin sentir que el corazon me brinca y se me quiere salir por los ojos, me digo á mí mismo, en donde los tendría yo cuando me encapriché con Eulalia? Con Eulalia, que á no haber sido por su hermano que la obligó á ir con él á América sería mi mujer hace once años. Es decir, no: hace diez y medio que seria viuda, porque no duro un mes á su lado.

ANIC. Sí, como tiene usted un carácter tan así..... tan..... bondadoso, que todo el mundo hace de usted lo que quiere.

CRIST. Y qué le hemos de remediar, hombre? Yo no soy un Roldan, ni un Garibaldi; me gusta estar en paz con todo el mundo, y me estremezco al menor asomo de peligro... Eso depende de la organizacion de cada cual.

ANIC. Caramba, pues lo que es con la señorita ya tiene usted carácter.

CRIST. Naturalmente; porque sé que no me ha de replicar.

ANIC. Hum!.... de todo hay en la viña del Señor. Ella no alzará el gallo en su presencia, pero yo sé que en cuanto á la boda..... Vamos, lo que es la boda no la satisface mucho que digamos.

CRIST. Eh! ya se irá acostumbrando.

ANIC. Y bien mirado, señor..... si yo me atreviese á dar á usted un consejo..... porque al fin los jóvenes..... siempre

son jovenes..... y no haga el demonio..... Ella tiene veinte y dos años, usted cincuenta y.....

CRIST. Chito!

ANIC. Y si ella quisiese á otro.....

CRIST. Quieres callar? Pues hombre, no parece sino que tú eres el tutor, y yo..... no faltaba mas!

ANIC. Señor, hace catorce años que estoy á su servicio..... y ya sabe usted que soy incapaz de..... Pero, caramba, tambien á la señorita la he mecido en mis brazos y me intereso por su felicidad. Pobrecita! huérfana desde chiquita, le fué confiada á usted por su padre al morir, y...., vamos, yo sé que ella no..... que ella no.....

CRIST. Qué ella no, qué ella no..... qué quieres decir? Que ella no me ama, no es esto? Pero yo soy su tutor, debo mirar por su dicha, y no puedo hacer mas para asegurarla que casarme con ella.

ANIC. Contra su gusto? Pues mire usted que si llega á enterarse de todo el primito aquel de marras....!

CRIST. Sí, un barbadote á quien no conozco, ni quiero. Un estúpido que tuvo la avilantez de escribirme una carta cuando la muerte de su tio, pidiéndome cuentas de la herencia, y todo por una miserable manda de ocho mil reales.

ANIC. Con los cuales tenia él suficiente para librarse de la quinta.

CRIST. Ya le mandé veinte y cinco duros. Y el resto lo tendria á mi muerte con los intereses que le correspondan. Mas cuenta le tiene esto, y ser soldado, que no andar hecho un vagamundo por Sevilla. Y en fin, no me hables de él que me exaspero.....

ANIC. No, yo lo decia solamente porque bueno es prevenir..... dicen que es un animalote con una fuerza y unos puños...! que ya!

CRIST. Eh!..... puños?

ANIC. Ya lo creo! Sirve en cazadores y planta una bala en el lucero del alba.

CRIST. Eh! de veras? (Inquieto.)

ANIC. Vaya! mi primo que llegó hace dias licenciado, es el que me ha dado esas noticias; los dos eran cabos de la misma compañía. Y pendenciero?..... Uf!

CRIST. Pendenciero? (Asustado.) Bah! bah! Tú me quieres asustar..... Sea lo que quiera él no tiene derecho.....

ANIC. Derecho..... derecho..... al cabo la señorita Elisa es su prima, no hay mas pariente que él y si llega á saber que se casa á la fuerza con usted.....

CRIST. Y quién dice semejante desatino? Vaya, vaya, déjame en paz con tus impertinencias. Ah! aquí viene. Mira que cara aquella.

ANIC. Sí, tan picaresca.

CRIST. Anda, anda á tus quehaceres.

ANIC. (Pobre señorita!) (Vase por el foro.)

ESCENA II.

DON CRISTÓGONO y ELISA.

CRIST. Ven acá, pimpollo, y dime, como has pasado la noche?

ELIS. De un tiron, padrino.

CRIST. Y has pensado en mí?

ELIS. No pierdo yo mi tiempo en eso.

CRIST. Qué inocencia! es un ángel!

ELIS. Padrino. Yo quisiera hablar á usted muy formalmente.

CRIST. Pues ya te escucho, paloma.

ELIS. Usted es un viejo, padrino: yo soy una jovencita.

CRIST. Un viejo...? no... aun me conservo...

ELIS. En fin, yo no lo entiendo mucho, pero se me figura que no sirve usted para marido.

CRIST. Niña, niña, qué doctrinas!

ELIS. Y qué quiere usted? hasta ahora he callado, porque nunca pensé que llevara usted tan adelante su proyecto, pero ya que le veo á usted decidido á ser mi esposo, le declaro que yo tambien lo estoy á no ser su mujer.

CRIST. Cómo! cómo!

ELIS. Comiendo, clarito, yo soy así, ya lo sabe usted: no puedo ocultar lo que siento, y como lo que siento es amor, pero no por usted, sino por un jovencito de mi edad poco mas, muy apuesto y muy guapo, se lo digo á usted sin reserva alguna, previniéndole que lo que yo quiero es un

jóven, que lo que necesito es un jóven, y que lo que me conviene es un jóven para marido, y que solo á un jóven daré mi mano. Hé dicho.

CRIST. Qué atrevimiento! qué avilantez! Te revelas?

ELIS. Sí señor, me pronuncio.

CRIST. Y no temes mi cólera...! Una chicuela querer ponerme á mí la ley?

ELIS. No, yo no le quiero poner á usted nada.

CRIST. Pues bien, lo veremos. Pasado mañana has de firmar el contrato... Ingrata! despues que la he mimado, educado y criado...!

ELIS. Sí, como un melon, para comérselo cuando esté maduro. Le digo á usted que nunca. Y si es preciso escribiré á mi primo Francisco, vendrá y entonces veremos.

CRIST. Aunque escribieras á Muley-Abbas llegaria tarde.

ELIS. Y si le hubiera escrito ya? Y si le estuviera esperando de un dia á otro?

CRIST. Eh!... cómo!... (Asustado.) Santos del cielo! Él que pone una bala en el lucero del alba...!

ELIS. (Ola! parece que hace efecto. Ganemos tiempo á lo menos, ya que sé el flaco).

CRIST. Vamos, Elisita, niña mia? Porqué has de tratar con tanta dureza á quien solo desea tu felicidad... Piensas tú que un vil egoismo me induce á pensar en este proyecto? No, tu bien solo me impulsa. Los jóvenes! si tú conocieses los jóvenes del dia! todos pervertidos, todos flacos y espirituados..... Hay tanta maldad! déjate guiar por quien mas que esposo será para ti un amante padre, un fiel amigo. Ea! estamos conformes no es cierto? Piensa, reflexiona detenidamente lo que te digo, y ya verás, ya verás. Ahora te dejo. El escribano me está esperando para estender el contrato. Adios, mañanita de Abril; hasta luego. (Eh! ya está convencida.) Es un ángel. (Vase.)

ESCENA III.

ELISA, y á poco JUANITO.

ELIS. Sí, mañanita de Abril! Pero se habrá visto nunca una jóven mas desgraciada! Tenerme que casar con un viejo, cuando está ahí mi Juanito que me adora, y que se morirá de pena, de seguro como yo..... es decir, yo de lo que me moriré es de un berrenchin, porque tengo una ira... Ahora mismo me pegaría de estocadas con cualquiera y...

(Entra muy alegre y recibe un bofeton de Elisa que está manoteando al aire.)

JUAN. Elisita, he visto... Ay, ay!

ELIS. Pobre Juanito!.... Te he hecho daño?

JUAN. Daño?.. No... ay! (Llora y rie.) Sí, me ha dado un gusto!

ELIS. Vaya!

JUAN. Esa manita de manteca y tan torneada... Caramba, es que me escuece de veras!

ELIS. Me alegro! Ha sido sin querer, pero no me arrepiento, y cien veces haria lo mismo.

JUAN. Pues mira haz el favor de avisar á lo menos.

ELIS. Sabes lo que me acaba de decir mi tutor? Que pasado mañana se firman los contratos.

JUAN. Ya, tiene prisa el pícaro viejo! Ahora le he visto salir y he aprovechado la ocasion para que charlemos un poco.

ELIS. Que charlemos, que charlemos, y te se figura que es eso todo lo que tenemos que hacer?

JUAN. Eh? Pues qué es lo que tenemos que hacer? Si yo estoy siempre á tu disposicion, ordena Elisita, y verás si yo soy obediente.

ELIS. Que has de ser! Quita! Si no te se ocurre nada..! Ves que me vas á perder para siempre y no revuelves el mundo entero para impedir esta union aborrecida....!

JUAN. Que no se me ocurre, eh? Si creerás que no tengo yo echadas mis cuentas... ya... ya... Como á mí se me atraviese una idea... Ayer estuve á ver al sargento Godinez que está destacado aquí hace unos dias y que se interesa mucho por mí, le conté el lance...

ELIS. Y qué te aconsejó?

JUAN. Qué? me dió una receta contra furias de vejestorios..... y aquí la traigo... mira. (Saca del bolsillo una enorme pistola de arzon.)

ELIS. Que atrocidad... y con eso piensas..?

JUAN. Hoy me presento á D. Cristógono, tu tutor, y si me alza el gallo, cataplum!

ELIS. Vaya, vaya, no seas loco, trae acá. (Coge la pistola por la culata mientras que Juanito la tiene por el cañon.)

JUAN. Ten cuidado, no se dispare y te mate.

ELIS. Si la tengo por la culata.

JUAN. Es que es revolver, segun me ha dicho el sargento.

ELIS. Eh! trae acá. (Coge la pistola.) Si esto es un tubo de chimenea, y no tiene llave, ni... eres un bobo, está visto.

JUAN. Calla mujer, si es de un sistema nuevo, tú que entiendes?

ELIS. Lo que entiendo es que por tu carácter apocado y tu tonteria, voy á verme obligada á dar la mano á mi padrino sin poner siquiera piés en pared para impedirlo... Esto es atroz. Mas si tú nada vales, (Deja la pistola sobre el velador.) yo me basto y me sobro para salir del atolladero, yo inventaré algo, sí, encontraré un medio... no se cual, pero le encontraré. Ahora vete, no vuelva mi padrino y te vea.

JUAN. Sí, yo tambien voy á buscar el medio... veré al sargento Godinez, ya verás si yo me duermo en las pajas... vaya hasta luego.

ELIS. Hasta luego. (Váse Juan.)

ESCENA IV.

ELISA. A poco ANICETO.

ELIS. Y es el caso que no hay tiempo que perder..! Pasado mañana los contratos... Si yo consiguiera... mi padrino es tan medroso que al primer asomo de peligro, me lo ha dicho cien veces... Ah! esto es! Aniceto! El medio es arriesgado pero infalible si no descubre la treta. Aniceto!

ANIC. Señorita? (Que sale.)

ELIS. Dime, tu primo el licenciado que llegó estos dias, está aun en casa?

ANIC. Sí, señorita.

ELIS. Pues bien, vas á decirle... Pero no... mejor es que yo misma... ven conmigo. (Vánse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

DON CRISTÓGONO. Con una carta.

CRIST. Santo Dios! Será cierto! Eulalia! Eulalia en Cádiz! Ya echaba yo de menos sus tres cartas de este mes. Si viene á Aranjuez antes de que yo esté casado, todo se lo lleva la trampa. Y no hay duda, sus intenciones continúan siendo sanguinarias. (Leyendo.) «Pimpollo de mi corazon, »volando en alas del amor y de la ira llego á España. Ay »de tí si no me has permanecido fiel en tan corta ausen»cia.» Una friolera, once años! «Yo mas firme y cons»tante que nunca, solo deseo estrecharte entre mis bra»zos y ahogarte en ellos si así lo merecieses, que no lo »dudo. Hasta muy pronto, pues voy á ponerme en camino »para esa inmediatamente. Te adora siempre tu Eulalia »Santiponce y Zarabanda.» Pues señor, no hay remedio, me estrangula cuando llegue; es preciso darnos prisa á emigrar, si, si; Aniceto.

ESCENA VI.

DON CRISTÓGONO, JUANITO de sargento.

JUAN. Dios guarde á usted patron. (Ay Dios mio como me tiemblan las pantorrillas.)

CRIST. Eh? quién es este militar?

JUAN. (Es preciso tener ánimo y seguir las instrucciones del sargento Godinez.) (Alto y ahuecando la voz.) No hay que asustarse nuestro amo. Yo soy Sardinápalo, sargento del 4.° de línea.

CRIST. Y qué tengo que ver yo con la tropa, amigo mio....? ni con el cuarto?

JUAN. Si me interrumpe usted lo ensarto (Tira del sable.)

CRIST. Ay! Cómo se entiende? A la guardia.

JUAN. La guardia la da mi compañía, don vejestorio. Conque tenga usted paciencia y escuche. Que aunque yo acostumbro á comerme á los hombres crudos, no corre usted ese peligro por ahora, porque no creo muy fácil poder clavarle á usted el diente.

CRIST. Ay! ni Dios lo quiera. (Temblando.)

JUAN. Me han dicho que quiere usted casarse con Elisita, y ha de saber usted que la chiquilla me hace á mi mucho tilin. Y que si usted no desiste de su empeño, el dia de la boda es el de su esterminio.

CRIST. (San Cristógono bendito!)

JUAN. Ahora mismo me ha de dar usted palabra de dejar libre á Elisita ó le escabecho.

CRIST. *Liberanos á malo*! (Procura ganar la puerta del foro.)

JUAN. Y si se me sube un poco la sangre á la cabeza, no crea usted que espere á mañana, D. Matusalen. (Amenazándole.)

CRIST. Socorro. (Huye.)

JUAN. Mal tutor! canalleja! viejo verde.

CRIST. Ay, ay! (Váse corriendo.)

ESCENA VII.

JUANITO. A poco ELISA vestida de cabo de cazadores.

JUAN. Aja, ja! Magnífico! El campo es mio. Me he portado como un héroe. Que venga ahora Elisa diciendo que no sirvo para nada. El caso es empezar y lanzarse... Me siento con valor y una fuerza que disputaria con el gigante Goliat la posesion de mi amada. Uff! (Pasease muy seguido.)

ELIS. Alabado sea Dios! Y que viva la gracia! Ande se halla D. Cristógono Balsamina.

JUAN. (Ay santos del cielo. (Asustado.) Quién será este cofrade?

ELIS. No hay nadie en esta casa? (Vé á Juanito y retrocede asustada.) Voto á cincuenta cargas de... de... infantería.....

(Hum..! que hay gente. Calla! quién será este otro? Ay! con este si que no habia yo contado).

JUAN. (Alarguémonos los vigotes que me ha puesto el peluquero á ver si le infundo miedo.) (*Sin cesar de mirarla con inquietud.*)

ELIS. (Huy que vigotazos! Este es un gastador de mi regimiento, de seguro. Si yo pudiera escurrirme...

JUAN. Ejem! ejem!.. Calla! Pues si es un cabo... y tan chiquitillo..! Animo: hablémosle gordo, que al fin es un subordinado.)

ELIS. (Si yo me atreviera... no parece muy resuelto... tal vez con mi presencia le imponga... voy á asustarle.) (*Sacan con disimulo los sables y van acercándose poco á poco uno á otro; al llegar se observan, se asustan y corren cada uno por su lado.*)

ELIS. Caballero... (*Acercándose.*)

JUAN. Señor cabo...

LOS DOS. Ay, ay, que me mata.

ELIS. Qué va usted á hacer con ese sable?

JUAN. No sea usted bárbaro! Envaine usted esa charrasca!

ELIS. Quién es usted?

JUAN. Soy el sargento Sardinápalo; y usted?

ELIS. Soy el cabo Lamparones. Y qué viene usted á hacer aquí?

JUAN. Vengo, vengo á... (*Se acerca.*) (Ay santo Dios!) Apártese usted, hombre, que me voy á perder.

ELIS. Esa voz... Calla, si es Juanillo! Ja, ja, ja! Pobre muchacho! y no me ha conocido! El miedo le turba la vista. Ya comprendo; este es el medio ingenioso de que me hablaba; pero es necesario alejarlo de aquí.)

JUAN. (¡Como me mira! ¡Está buscando donde darme el golpe! Hagamos de tripas corazon.) En fin, señor mio. ¿Me dirá usted que es lo que busca en esta casa?

ELIS. No hay nengun aquel camará. Sepa usted que yo amo á la reina de esta comarca, á la Elisita, ¿está usted? Y que vengo á ensártar con este pincha-uvas á quien se oponga á este cariñito.

JUAN. ¡Cómo! ¡un rival! nos veremos las caras. Yo tambien la quiero, ¿entiende usted? Y ni al lucero del alba se la cedo. ¡En guardia!

ELIS. Quite usted de ahí, so esaborío... ¡ Maricon ! Largo. (*Emprende á sablazos con Juanito que se esconde detras de la puerta derecha.*)

JUAN. Que me mata.

ELIS. ¡ Sabandija !

ESCENA VIII.

ELISA. *Despues* D. CRISTÓGONO.

ELIS. ¡ Ja ! ja ! ¡ Pobre Juanito ! Sin duda con su disfraz queria imponer miedo á mi tutor, pero es mas seguro llevar adelante mi plan... yo soy mas á propósito para estas cosas. Ahora ya está encerrado en mi cuarto y el campo es mio... ¿ Donde andará el viejo..? ¿ Si yo pudiese hacerle salir aquí sin que me viesen los criados? ¡ Ah ! buena idea ! (*Descuelga una guitarra que está en la pared y canta.*)

«En esta sala mi via
está un pobre penitente
que tie la calma perdia
por ver tu cielo esplendente.
Sal, gitana, sal
que me hago piasos
y no me enderezo
sin verme en tus brazos.

CRIST. ¿ Qué serenata es esta? ¡ Huy ! El militar aquí todavía! ¿ Eh ? Este parece mas bajo... ¡ No, no, es el mismo !

ELIS. Dios le de á usted, don vejestorio, mas vida y salú que á un toro cuatreño de los que se crian en mi tierra, que es la de la sal de María Santísima, y le cuelgue á usted un relicario de una pata, para que le libre del mal de ojo, con tal que sepa usted apreciar la fineza de mis deseos y me guarde usted una justa correspondencia. ¿ Está usted?

CRIST. ¡ San Genaro y san Cirilo ! Que algarabía es esta. Pero señor, se ha convertido mi casa en caja de quintos. ¿ Quién es usted ?

ELIS. Pues señor, yo soy el cabo Lamparones por mal nombre, ó Currillo Zampaperas como me llamaban en mi pueblo, ¿ está usté..? y soy sobrino de usté, por mi desgracia, y

por parte de mi tia la señá Frasquita, y por inconsecuencia vengo á ser primo de Doña Elisa, que segun noticias trata usté de que sea su mujer.

CRIST. Es verdad.

ELIS. Lo que es verdad es que como no deje usté á mi prima que se case con un camaraiya mio que la tiene chalá.....

CRIST. Muerto soy.

ELIS. Porque la niña tiene mucha caliá segun me han dicho para cargar con un megaterio tan viejo y tan arrugao como usté.

CRIST. ¡Y perdónanos nuestras deudas!

ELIS. Con que D. Peyejon, no aguarde usté á que yo vuelva, y la niña me dé mas quejas de usté, porque ha de saber usté que este pobrecito alfiler está ya cansao de matar moros y se le ha antojao meterse en el cuerpo de un cristiano, y si se me sube la sangre al campanario... (Le amenaza.)

CRIST. ¡Así como nosotros..! Calla! y ahora que le reparo..... como se parece á ella.

ELIS. ¡Miste que gracia! Como que soy su primo.

CRIST. Perdónanos á nuestros deudores.

ELIS. Con que patron: me las guillo, pero tenga usted entendido, que si vuelvo á saber que insiste usted en ese proyecto, en la olla del rancho se han de cocer sus asaduras. Con que salud y hasta mas ver. (¡Ya es mio!) (Váse cantando.)

ESCENA IX.

D. CRISTÓGONO. Solo.

CRIST. ¡Ahora y en la hora! Ay! ya me llegó la mia! Uf! Estoy medio muerto. El amante por un lado, el primo por otro, esto es un consejo de guerra! El dios Marte me ha tomado por su cuenta! ¿Y qué hago yo, pobre de mí? Si renuncio á esta boda adios fortuna, se escapa de entre las manos el pingüe dote de mi pupila que con tanto afan he estado cuidando y aumentando por espacio de tantos años! ¡Un dote de cuarenta mil duros! Pero y si me caso me

escabechan entre el cabo y el sargento. Si yo pudiera escurrirme bonitamente con Elisa y marcharme á Valencia, á Madrid... á cualquier parte... Una vez perdida la pista, y mientras nos encontraba esa cáfila de perseguidores, tendria tiempo de sobra para llevar á efecto la boda. ¡Aniceto! ¡Aniceto!

ESCENA X.

DON CRISTÓGONO, ANICETO.

ANIC. Señor.

CRIST. Avisa á mi pupila que nos marchamos inmediatamente.

ANIC. (Adios mi dinero!) Y á donde, señor?

CRIST. A Valladolid, á Zaragoza, á Tetuan, á cualquier parte. Dispon la maleta; tú nos acompañarás.

ANIC. Pero, qué ocurre, señor? Si me es permitido... (Llevándolo con misterio al otro lado del teatro.)

CRIST. Estoy sitiado por un ejército formidable.

ANIC. Un ejército!

CRIST. Sí, un Cabo y un Sargento.

ANIC. Cómo?

CRIST. Y la vivandera para que nada falte. Tratan de abrirme la olla del rancho, y de convertir mi cabeza en un barril do aceitunas... qué sé yo!... y Eulalia que está en Cádiz vá á llegar de un momento á otro... Anda, anda de prisa; no ves mi situacion? Estoy furioso, desesperado, y me dan intenciones de abrirte á tí tambien la olla...

ANIC. Ay, Dios me guarde, señor. Voy, voy corriendo. (Será preciso contarle á la señorita... Qué lástima, cuando todo iba tan bien!)

CRIST. No vas?

ANIC. Al instante, señor. (Todo se lo llevó la trampa).

ESCENA XI.

DON CRISTÓGONO, despues JUANITO vestido de mujer.

CRIST. Sí: la olla del rancho. (Paseándose agitado.) Eulalia y la cantinera... No hay remedio para mí! Apresurémonos.

(Al entrar sale Juanito por la puerta). Ay, Santos del cielo! Quién es esta vision?

JUAN. (Me atrapó. Yo que con este disfraz pensaba escurrirme).

CRIST. No hay duda... es una mujer... Santo Dios! Si será Eulalia? Sí, ella debe ser... su mismo aspecto... aunque ha crecido, y luego esa sonrisa de hiena...

JUAN. (Dios mio! ¿qué haré? Que me haya yo quitado el sable! Si me descubre me mata... Disimulemos.) Caballero, usted me disimulará. (Fingiendo la voz.) Venia buscando una persona, á un caballero... pero me he equivocado y me retiro...

CRIST. (Lo dicho, ella es!... y no me ha conocido... ya se vé, once años acuestas...) Señora, no hay por qué dispensar; usted es muy dueña... pero en efecto ese caballero no vive aquí.

JUAN. Cuál?

CRIST. Ese, ese que usted buscaba... (Examinando á Juanito.) (Caramba, y aún se conserva... no, no está despreciable... ha variado algo la fisonomía, y sobre todo la estatura; pero aquella frescura y aquella...) Soy muy servidor de usted, señora; y si se digna usted aceptar mi brazo, acompañaré á usted.

JUAN. Muchas gracias.

CRIST. (Y yo que creí que estaria hecha una vieja!) Cuando usted guste. (Alejémosla de aquí cuanto antes.) (Dándola el brazo.)

ESCENA XII.

CRISTÓGONO, JUANITO, ELISA, vestida de vieja ridícula.

ELIS. Esto es una infamia! (Al foro.) Bribones! Pronto sabrán ustedes quién es doña Eulalia Santiponce.

CRIST. Santa María! (Aterrado.)

ELIS. Dónde está eso canalla?... Vejestorio... Pervertido... le he de sacar los hígados! Ah! este es. (Agarra á Cristógono de una oreja.) Infiel, seductor... tú eres, tú; al fin te encuentro... y mano á mano con una mujer... te voy á sacar los ojos... y á ella... oh! á ella... escoja usted, señora, florete, pistola, espada.

JUAN. Cómo!... yo!

ELIS. O cañon, me es igual.

JUAN. Pero...

ELIS. O navaja, que tambien manejo yo esa arma.

CRIST. Oh, prodigio! Dos Eulalias.

ELIS. Cómo dos Eulalias, malvado? Yo, yo sola soy Eulalia, la Eulalita de tus entrañas como la llamabas en otro tiempo; ay! en aquel tiempo dichoso en que rondabas las callejuelas de Cádiz en busca de un suspiro, de una mirada de tu chacha! Ya no te acuerdas de aquella cañita tan tierna que cantabas debajo de mis balcones!

CRIST. Ella es!... sí, ella es!...

ELIS. Y yo boba que creia en tus protestas, en tus juramentos! y todo para sufrir este desengaño! para saber que tratas de casarte con una monigota que de seguro no tiene ni con mucho mis atractivos!... Ay! tantas emociones! Dí que me den un vaso de vino, pronto, si nó caigo redonda.

CRIST. Al instante!... Aniceto! A mí si qùe no me falta nada para caer difunto.

JUAN. Si pudiese aprovechar esta ocasion para escurrirme...

ESCENA XIII.

DICHOS, ANICETO.

ANIC. Señor, señor!

CRIST. Pronto, sirve á esta señora!

ANIC. (Sálvese usted, señor. Ahí está doña Eulalia!) (Aparte, á Cristógono.)

CRIST. Demasiado lo sé. (Aparte á Aniceto.)

ANIC. Es que vá á subir: está esperando á que descarguen el equipaje. (Aparte á Cristógono.)

CRIST. Cómo? Qué dices?

ANIC. Lo dicho nada más, señor: sálvese usted cuanto antes.

CRIST. Cómo! Otra Eulalia!

ANIC. Sí, que llega de Cádiz en este momento.

CRIST. Pero, señor, entonces esta otra... y aquella otra... y la otra... Huy! qué confusion! la cabeza me dá vueltas.

2

ESCENA XIV.

DICHOS, EULALIA.

EULALIA. Cristógono, Cristogonito de mis ojos: al fin te veo, te estrecho sobre mi corazon... Ah! este momento feliz borra de mí todo triste recuerdo para dar solo lugar al placer de verte.

CRIST. Yo... si... la... (Estupefacto.)

JUAN. (Ya escampa!)

ELIS. (Me pillaron en la ratonera.)

EULALIA. Mucho me has hecho sufrir; pero todo te lo perdono, segura como lo estoy ya de tu amor. No es verdad que me amas, pimpollito mio? Que me amas como en aquel tiempo venturoso?

CRIST. Fa... sol... mi...

EULALIA. Eh!... qué tienes?... Ya caigo! El placer de verme...

CRIST. Si, el placer... de verme...

EULALIA. (Furiosa.) Calla! quién son estas señoras?—Dos mujeres! dos mujeres con él... aquí mano á mano... y yo necia que le creia constante... ! Tiene usted un serrallo por lo visto señor gran turco! dos nada menos! Ahora mismo van á morir á mis manos, y tú en seguida. (Saca una pistola del bolsillo.)

CRIST. A la guardia!

JUAN. Sálvese el que pueda. (Quiere huir.)

ELIS. Esta mujer está loca! (Idem.)

EULALIA. Alto ahí. (Apunta á Juanito y Elisa se detiene.) Nadie sale.

CRIST. Ah! una pistola! el cielo me la envia sin duda... Alto ahí la marimacho! (Apunta á Eulalia con la pistola que Juanito dejó sobre el velador.)

EULALIA. Marimacho yo! (Tira la pistola al suelo y se abalanza á Cristógono.) Descarado, sin vergüenza, traidor..... te he de arrancar la lengua!

CRIST. Quita ó disparo! que disparo.

JUAN. No por Dios! no dispare...! Ay! ay! Yo muero. (Cae en una silla.)

EULALIA. Pero no es por ti, sino por (Suelta á Cristógono y se dirige

á Elisa.) estas infames por quien yo debo empezar mi venganza. Venga usted aquí si es mujer... ! venga usted aquí...! Cobarde.

ELIS. Señora, yo!

EULALIA. No vienes? entonces te ahogo entre mis brazos...! miserable!

CRIST. Eulalia! (Elisa corre por la escena y cae en otra silla.)

ELIS. Socorro! socorro! yo muero!

EULALIA. Taimada! se ha desmayado. Y en eso te empleas tú? (A Cristógono con desprecio.) en mujeres que no valen dos cuartos! está bien! yo venia en alas de mi amor, á ofrecerte con él los cien mil pesos que heredado de mi pobre hermano.

CRIST. Cómo?... tu hermano ha muerto?

EULALIA. Sí, y á esta desgracia debia yo añadir la de encontrar tu felonía, tu ingratitud, tu infamia, Corriente. (Enterneciéndose por grados.) continua en buena hora con tus perversas inclinaciones... yo... yo me iré... por donde he venido... y...

CRIST. Eulalia... Eulalita... Con que tu me amabas... y cien mil duros dices que son?... y yo tambien te amo! vaya si te amo...

EULALIA. Si, amarme.., y le encuentro á usted... ¡Ah! Dios mio!... la emocion... la... Yo muero (Cae en una silla en medio del teatro).

CRIST. ¡Bueno! Tres desmayadas! Y que hago yo... A cual acudo? Aniceto...! Aniceto!

ESCENA XV.

DICHOS Y ANICETO.

ANIC. Señor... (Viendo á Elisa desmayada.) Valgame Dios la Señorita Elisa desmayada?

CRIST. La señorita Elisa?... Es posible?

JUAN. Ah! (Volviendo en sí.)

ANICETO. Calla! y Juanito el amante de la señorita tambien.

CRIST. Su amante dices?

JUAN. Ah! huyamos. (Viendo á Cristógono.)

ELIS. Ah! (Volviendo en sí.)

CRIST. Alto ahí. (A Juan.)

JUAN. Señor Don Cristógono, perdon. (Se arrodilla.)

ELIS. Tutorcito del alma; clemencia. (Se arrodilla al otro lado.)

EULALIA. Ah! qué veo! (Volviendo en sí.)

CRIST. Si esta es mi pupila, y este su amante, y para satisfacerte de todo, mañana se casan. Qué tal, estás contenta? (Aparte á Elisa.) (Pero dime, es tu amante de veras? Estás segura?... Mira no sea que luego...)

ELIS. Segura de qué?

CRIST. De que no es una muger!

ELIS. Segura... segura... yo creo que sí, padrino.

CRIST. (En fin, eso es cuenta tuya.) Dios os haga muy felices. Y á nosotros tambien, no es cierto. (A Eulália.)

EULALIA. Aunque no lo mereces. (Dándole la mano.)

CRIST.
Pasar la pena negra
me hizo esta loca,
matarme quiso el cabo
y ahogarme la otra;
Por fin de apuros,
solo falta que ustedes
me den un susto.

ELIS.
Qué susto? Si encargada
de eso yo estoy.
Me han de dejar mas fea
de lo que soy?
Ea, señores,
Vengan cuatro palmadas
y buenas noches.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 19 de Mayo de 1863.

El Censor de Teatros.
ANTONIO FERRER DEL RIO.